

ORACIÓN

Señor y Hermano nuestro Jesús, Tú estás con tu Padre y estás con nosotros cada vez que “nos reunimos en tu nombre”, concédenos:

- vivir siempre de las Palabras que dirigiste a los tuyos en la última cena,
- y permanecer siempre pidiendo y esperando tu Espíritu que nos haga amarte a ti, amar a tu Padre, y cumplir tu mandamiento de amar a nuestros hermanos los seres humanos.

TEXTO

MARCOS 8,1-21

«⁸En aquellos días, estando **mucha muchedumbre** y no teniendo qué comer, llamando a sí a **los discípulos** les dice: ²“**Tengo compasión de la muchedumbre**, porque han permanecido conmigo ya tres días y no tienen qué comer. ³Y si los despido a sus casas hambrientos, desfallecerán por el camino, pues algunos de ellos han venido de lejos”.

⁴Y le respondieron **sus discípulos**: “¿Cómo podrá alguien saciar de panes a todos estos aquí en el desierto?”.

⁵Y les preguntó: “¿Cuántos panes tenéis?”.

Pero ellos dijeron: “Siete”.

⁶Y manda a **la muchedumbre** sentarse sobre la tierra.

Y, tomando los siete panes, dando gracias, [los] partió y [los] daba a **sus discípulos** para que [los] repartieran; y ellos los repartieron a **la muchedumbre**.

⁷Y tenían unos pocos pececillos. Y, bendiciéndolos, dijo de repartir también esos.

⁸Y comieron y fueron saciados, y recogieron de los trozos sobrantes siete cestos.

⁹Pero eran unos cuatro mil.

Y los despidió.

¹⁰Y, de inmediato, embarcando en la barca con **sus discípulos**, fue a la región de Dalmanutá.

¹¹Y salieron **los fariseos** y comenzaron a disputar con él, buscando de él una señal del cielo, tentándole.

¹²Y, suspirando en su espíritu, dice: “¿Por qué busca esta generación una señal? En verdad os digo: ¡No será dada a esta generación señal!”.

¹³Y, dejándoles, embarcando de nuevo, fue a la otra orilla.

¹⁴Y se olvidaron de tomar panes, y no tenían más que un pan con ellos en la barca.

¹⁵Y les advirtió diciendo: “Mirad, cuidaos de la levadura de los fariseos y de la levadura de Herodes”.

¹⁶Y hablaban entre sí que no tenían panes.

¹⁷Y, dándose cuenta, les dice: “¿Por qué habláis de que no tenéis panes? **¿Aún no comprendéis ni entendéis?** ¿Tenéis embotado vuestro corazón? ¹⁸¿Teniendo ojos no veis, y teniendo oídos no oís? ¿Ya no recordáis? ¹⁹¿Cuántos canastos llenos de trozos recogisteis cuando repartí los cinco panes entre los cinco mil?”.

Le dicen: “Doce”.

²⁰“Y cuando repartí los siete entre los cuatro mil, ¿cuántos cestos llenos de trozos recogisteis?”.

Y le dicen: “Siete”.

²¹Y les decía: “**¿Aún no entendéis?**”».

COMENTARIO

PRIMERA UNIDAD (8,1-9)

- La transición de la historia de la curación del sordomudo en 7,31-37 a la narración de la alimentación de los cuatro mil en 8,1-9 se realiza en parte a través de las alusiones bíblicas de Mc 7,37 (que son Gn 1,31 e Is 35,5-6). Ellas sugieren que las curaciones de Jesús forman parte de un *acontecimiento creador* comparable con la creación primordial y que son un signo de la llegada de la nueva edad de Dios. De modo que no es casual que las primeras palabras de la nueva perícopa sean una fórmula escatológica: «En aquellos días». Más aún, el segundo de los pasajes a los que aludía Mc 7,37 (Is 35,5-6) acontece en un contexto en el que se habla del desierto que germina de un modo milagroso (cf. Is 35,1-2.6-7). Este contexto puede ser responsable de que Marcos haya colocado inmediatamente después de la alusión al desierto (que parece estar al fondo de 7,37) un pasaje que habla de un milagro en el desierto (la multiplicación). Marcos ha destacado esta ubicación de desierto con la pregunta de los discípulos que sirve para crear el escenario: «¿Cómo podrá alguien saciar de panes a todos estos aquí en el desierto?» (8,4).

Esta pregunta plantea uno de los temas exegéticos principales de nuestro pasaje: ¿Cómo podían los discípulos, que habían visto poco antes la manera en que Jesús había alimentado a cinco mil hombres en el desierto (6,30-44), dudar ahora de su capacidad para alimentar a cuatro mil personas de un modo semejante? La pregunta de los discípulos suena más bien como la reacción de personas que nunca han vivido un acontecimiento de ese tipo. A pesar de ello, unas preguntas como esas constituyen un *rasgo frecuente* de las historias de milagros; su función consiste en poner de relieve el carácter inusitado del milagro que acontecerá muy pronto (cf. Mc 5,35; 16,3; Lc 1,18.34; Jn 6,5.9; 11,37).

Sin embargo, este «enredo» de la narración, unido a los sorprendentes paralelos entre los dos pasajes de las multiplicaciones, ha hecho que muchos comentaristas piensen que 6,30-44 y 8,1-11 constituyen *dos variantes narrativas* de un mismo acontecimiento. Pero no todos los investigadores están de acuerdo con esa respuesta.

La estructura de nuestro pasaje es muy semejante a la de 6,30-44. La narración se divide en tres partes: 1) la descripción del problema, es decir, la falta de comida y la distancia al lugar en que puede encontrarse (8,1-4); 2) la multiplicación/alimentación en cuanto tal (8,5-7); 3) las notas conclusivas sobre la cantidad de las sobras, el número de personas alimentadas y la forma en que Jesús despidió a la multitud (8,8-9).

- 8,1-4: De un modo *bastante inusual* para Marcos, nuestro pasaje no comienza con un cambio de lugar por parte de Jesús y sus discípulos. Puede asumirse, por tanto, que seguimos estando en la Decápolis, la región del pasaje anterior, un área dominada por gentiles. Una multitud de esos gentiles se congrega en torno a Jesús y él tiene compasión de ellos: expresa su compasión indicando a sus discípulos la necesidad de comer que tiene la muchedumbre (8,1-2a). Lo mismo que en Jn 6 pero en contra de Mc 6, *Jesús mismo toma la iniciativa de ayudar* a la muchedumbre, haciendo que los discípulos sean conscientes del problema de la gente. Jesús hace ver que la multitud ha estado con él en el desierto a lo largo de tres días y que ahora ya no tiene nada que comer (8,2b). El motivo de los «tres días» pone de relieve la magnitud de la necesidad; puede estar relacionado con la tradición bíblica en la que se dice que Dios ayuda a su pueblo al tercer día o después de tres días (cf. Os 6,2). Pero en el contexto de Marcos esta indicación puede haber sido pensada también para anticipar el despliegue del poder de salvación escatológica de Dios «al tercer día», es decir, en el día de la resurrección de Jesús.

Marcos pone aún más de relieve el problema cuando recoge la observación de Jesús diciendo que «algunos de ellos han venido de lejos» (8,3). Este comentario apoya la opinión de que Jesús ayuda aquí a no judíos, de modo que el texto sigue ocupándose de los gentiles, lo mismo que 7,24-30 y 7,31-37. En esa línea recordamos que, desde el punto de vista judío, los gentiles eran gentes que se hallaban «muy lejos» de Dios; incluso algunos textos cristianos primitivos retomaban esta imagen.

Esta visión, según la cual 8,1-9 presenta una multiplicación para *los gentiles*, no va en contra de la afirmación de que nuestro pasaje tiene un *importante trasfondo veterotestamentario*, fundado en las tradiciones sobre las alimentaciones milagrosas de los israelitas en el desierto. Mateo, que no parece compartir la idea de que aquellos a los que Jesús alimenta en este pasaje sean gentiles, opta por omitir las palabras sobre la gente que viene de lejos (cf. Mt 15,32-39).

Jesús plantea ante sus discípulos su observación compasiva, manifestando que quiere hacer algo en favor de la multitud de los gentiles, pero ellos le responden con una pregunta escéptica en 8,4. Como hemos indicado ya, esta pregunta es ilógica, pues los discípulos conocen la anterior multiplicación milagrosa de Jesús; pero cumple varias funciones. Hemos visto que la pregunta *realza la grandeza del milagro* que ha de seguir, destacando antes su dificultad. Sirve también para *evocar la tipología del éxodo*, que subyace a nuestro pasaje y a toda esta sección del evangelio, la cual presenta unos paralelos verbales sorprendentes con las referencias al camino de Israel por el desierto tal como aparecen en Sal 78,19-20 y en Nm 11,13-14. Además, temáticamente esa pregunta reproduce los esquemas del Antiguo Testamento, dado que en el Pentateuco *los israelitas dudaban y murmuraban* incluso después de que Dios les había salvado milagrosamente.

Pero la pregunta de los discípulos también es importante porque *la increíble cerrazón de mente* que muestran cuadra bien dentro de la temática de Marcos. Los mismos doce discípulos que han visto a Jesús realizando precisamente el mismo tipo de milagro (en 6,30-44) son los que ahora lo declaran imposible.

- 8,5-7: La pregunta de los discípulos queda rápidamente respondida: Jesús puede ofrecer pan en el desierto porque él posee una fuente de poder que no le ha sido dada por seres humanos, sino desde el cielo (cf. 11,30). La «alimentación» en sí misma se describe casi en los mismos términos que en 6,30-44 y también esta recuerda los temas del Éxodo y anticipa la Eucaristía cristiana y el Banquete mesiánico (cf. comentario sobre 6,38-42). Una comida con pescado formaba también parte de algunas memorias judías del Éxodo y de ciertas esperanzas de la edad futura. En esa línea, el pez se convirtió en un elemento modélico de la iconografía eucarística cristiana. Así pues, nuestro pasaje refuerza los tonos de Éxodo, Eucaristía y esperanza escatológica de la primera multiplicación.

En nuestro pasaje, igual que en el anterior, también se pone de relieve *la importante función que desempeñan los discípulos*. Jesús les pregunta primero cuántos panes tienen (8,5), y escucha su respuesta; después manda que la muchedumbre se siente en el suelo (8,6a), da gracias y distribuye los panes a través de los discípulos (8,6b). Finalmente, Jesús bendice y distribuye también los peces (8,7). Si la comparamos con la precedente, vemos que esta narración pone más de relieve la función mediadora que cumplen *en la distribución del pan*: Jesús «iba dando [los panes] a sus discípulos para que los repartieran y ellos los repartieron a la muchedumbre» (8,6b). Esta mediación se encuentra relacionada con el simbolismo eucarístico de la distribución de los panes; puede reflejar la situación pospascual, propia de un tiempo en que los Doce y otros líderes de la Iglesia oficiaban en la eucaristía. Así que la visión de Marcos sobre los discípulos *no es totalmente negativa*, incluso en un pasaje en el que ellos muestran una estupidez verdaderamente monumental. A pesar de sus debilidades, Jesús los utilizará para transmitir el don de Dios a las multitudes.

- 8,8-9: El pasaje concluye con un breve comentario sobre la muchedumbre que come y queda saciada, la cantidad de sobras (siete cestos), el número de los participantes (cuatro mil) y la forma en que Jesús despide a la muchedumbre. *Los números* han atraído la atención de los estudiosos de un modo especial; algunos piensan que esos números dan a entender que la multitud estaba integrada por gentiles. Sin duda, nuestro pasaje supone que aquí Jesús está alimentando a los gentiles; pero resulta dudoso que eso pueda deducirse con seguridad del simbolismo del número siete y del cuatro mil. El más importante de esos números es el siete, como manifiesta el hecho de que aparezca tres veces aquí (8,5.6.8) y de nuevo en 8,20. Pero el número «siete» no parece especialmente asociado a los gentiles, ni en las fuentes judías ni en Marcos. Si en nuestro pasaje tiene alguna asociación especial, será con la noción de *la plenitud escatológica* y con la identificación de Jesús como figura mosaica.

La alimentación de los cuatro mil constituye para quienes tienen «ojos para ver» una epifanía secreta: revela que, a través de Jesús, el poder escatológico de Dios fluye ya en el desierto de este mundo. Las puertas del cielo se han abierto (cf. 1,10) y, como sucedió con Moisés, el tesoro del maná desciende de nuevo. Resulta, pues, irónico que, en el pasaje siguiente, quienes se declaran discípulos de Moisés (los fariseos) desafíen a Jesús, pidiéndole un signo del cielo; así, sin ellos saberlo, retoman la función de los israelitas que murmuraban en el desierto.

SEGUNDA UNIDAD (8,10-13)

- Después de haber realizado su segunda multiplicación milagrosa, Jesús cruza el mar, presumiblemente para entrar en territorio judío, donde se enfrenta de nuevo con los fariseos. Esta vez los fariseos le exigen de forma hostil que realice un signo milagroso, con el fin de que autentifique y pruebe su autoridad soberana de tipo legislativo (como la de Moisés), una autoridad que él se ha arrogado en el último encuentro con ellos (cf. 7,15). Jesús se niega a realizar la señal que le piden y se va. En su forma actual, el pasaje se encuentra estructurado quiásticamente (= ABBA):

A 8,10: Jesús sube a una barca y va a Dalmanutá

B 8,11: Los fariseos vienen y le tientan, pidiéndole un signo

B' 8,12: Jesús rechaza la petición de un signo

A' 8,13: Jesús sube a una barca y va al otro lado del mar.

- 8,10-13: El pasaje presenta a Jesús, que ha cruzado de nuevo el mar, volviendo a la ribera judía de Galilea. Allí «salen» los fariseos para disputar con él (8,10). Aunque el verbo «salir» es común en Marcos y puede utilizarse refiriéndose a Jesús (1,35.38; 4,3, etc.) o a otros personajes positivos (2,12; 6,12, etc.), la forma de usarlo aquí puede deberse al deseo de vincular a los fariseos con los que están fuera según 4,11. Este matiz simbólico de «salieron» respondería a la ceguera que los fariseos demuestran en nuestro pasaje, que recuerda a los que están «fuera» en 4,12 (que miran sin ver, oyen sin entender). Esta ceguera queda reflejada en la petición de los fariseos, que quieren que Jesús realice un signo milagroso (8,11), a pesar de que acaba de llevar a cabo uno notable: ha alimentado a cuatro mil personas. Nuestro pasaje desenmascara la hostilidad de los fariseos, mostrando que se trata de un caso de «tentación» diabólicamente inspirada. Al buscar otro signo a pesar de la existencia de señales anteriores, los fariseos de Marcos están minando su propia legitimidad, no solo por su falta de lógica, sino también porque se están comportando como herederos espirituales de los israelitas de la generación del desierto, que rechazaron a Moisés pidiéndole signos incluso después de haber visto algunos asombrosos, en Egipto y en el Mar Rojo.

La historia del maná del Éxodo venía seguida por la narración en la que se dice que Israel «tentó» a Dios en Masá y Meribá (Ex 17,1-7); pues bien, este último pasaje se reflejaría de un modo especial en nuestro texto. Así, tanto Ex 17,2.7 como Mc 8,11 utilizan el verbo «tentar» para hablar del pueblo desobediente, que tienta a Dios o a su agente. En ambos casos, la «tentación» consiste en pedir que se realice un signo milagroso. A Moisés le exigen que produzca agua en medio de un desierto desolado, para probar que Dios está con los israelitas (cf. Ex 17,7); a Jesús, en cambio, le piden que realice un milagro que sirva para autentificar su autoridad (cf. 11,8).

Parece claro, por tanto, que en los primeros trece versículos del capítulo 8 (Mc 8,1-13) la narración de Marcos está siguiendo el orden de los acontecimientos de Ex 16,1-17,7: primero describe una alimentación milagrosa en el desierto y después presenta una tentación culpable, que se expresa en forma de petición de un signo. Sin embargo, entre Ex 17,1-7 y Mc 8,10-13 existe una diferencia pequeña pero posiblemente muy significativa, que refleja la alta estima que Marcos tiene por Jesús. 1) En el Éxodo, al que tientan es a Dios y no a Moisés, aunque las críticas del pueblo contra Moisés son un signo de su desobediencia a Dios. 2) Por el contrario, en Marcos el que aparece tentado es el mismo Jesús, de manera que este asume y desempeña la función que tiene Dios en la narración del Éxodo.

Jesús responde a la «tentación» de los fariseos con *un suspiro* (8,12a), lo cual es un *nuevo indicio* de la naturaleza demoníaca de la petición (cf. 7,34), y con una pregunta retórica: «¿Por qué pide esta generación un signo?» (8,12b). Lo que el texto quiere decir no es que nunca hayan de pedirse signos; lo que está diciendo es, más bien, que carece de sentido que los fariseos pidan signos, porque su hostilidad frente a la actuación escatológica de Dios en Jesús muestra que pertenecen a «esta generación» y, por lo tanto, son destinatarios de la ira de Dios y no de su revelación gratificante.

Significativamente, el término «esta generación» tiene su primer trasfondo bíblico en las historias sobre la generación del desierto, que se enfrentó y luchó contra Moisés. Como aquella mala generación que pereció en el desierto y nunca llegó a la tierra prometida, los fariseos y sus seguidores no alcanzarán lo que piden. Por el contrario, Jesús jura que no les será dado (= Dios no les dará) nunca un signo. Esto mismo es lo que hizo Dios en Nm 14,21-23 y en Sal 95.

La tipología del Éxodo, extensamente desarrollada en Mc 8,1-9 y 8,10-13, se refleja con gran fuerza en el ambiente del evangelio de Marcos, tan cerca de la Guerra Judía de los años 66-73 d.C. El periodo que va del año 40 al 70 d.C. estuvo cargado de apariciones de «profetas de signos». Apareció entonces Teudas; aparecieron «engañadores» innominados; surgió un profeta egipcio; hubo otro «engañador» durante el tiempo del procurador Porcio Festo (60-62 d.C.); y apareció «un falso profeta» cuando el templo se encontraba ya ardiendo, el día 10 del mes de Ab del año 70 d.C. Estos profetas parecen haber apelado a las experiencias del Éxodo de Israel, prometiendo realizar «signos de liberación», señales que mostrarán que Dios iba a redimir a Israel como ya lo había hecho una vez en tiempos de Moisés. La excitación escatológica que despertaron estos profetas de signos debió de contribuir en gran medida a la rebelión contra Roma, rebelión que constituye el trasfondo del evangelio de Marcos.

TERCERA UNIDAD (8,14-21)

- Jesús deja de discutir con los fariseos e inicia una sesión privada con sus propios discípulos. Pero también ahora Jesús encuentra en sus discípulos una falta de sensibilidad espiritual comparable a la que acaban de mostrar sus adversarios. La extensa crítica que Jesús dirige ahora a sus discípulos constituye *una ampliación* del comentario que Marcos realizó en 6,52: («Ellos no entendieron lo de los panes, sino que tenían sus corazones endurecidos») y de la corta reprensión que les dirigió en 7,18a por su falta de entendimiento.

En cuanto a su estructura, el pasaje se divide de forma natural en dos partes: la introducción, que sirve para crear el escenario (8,14-16), y el interrogatorio de Jesús a sus discípulos (8,17-21). La segunda sección queda unificada por una inclusión en forma de pregunta: «¿Aún no entendéis?» (8,17b.21). El pasaje termina, de una manera muy sorprendente, con una pregunta de Jesús (cf. 3,4; 12,37) que destaca la incomprensión actual de los discípulos y apunta hacia su iluminación futura.

- 8,14-16: La escena tiene lugar en la barca, cruzando desde Dalmanutá, que está en algún lugar de la costa occidental del Mar de Galilea (8,10), hacia Betsaida, en la costa nordeste (8,22). El texto nos dice que los discípulos se han olvidado de llevar consigo panes (8,14a), una afirmación que queda inmediatamente precisada por la cláusula «y no tenían con ellos en la barca más que un pan» (8,14b). Esta frase, que pone de relieve la importancia de un pan, tiene probablemente un *significado simbólico* (pues de lo contrario sería superflua). Si no fuera simbólica, a Marcos le habría bastado con decir que los discípulos se habían olvidado de llevar pan con ellos (8,14a). Es posible que ese simbolismo sea *eucarístico*: sabemos por 1Cor 10,17 que la frase «un solo pan» podía utilizarse para aludir al pan de la Cena del Señor; por otra parte, en el evangelio de Marcos las alimentaciones milagrosas llevadas a cabo por Jesús parecen ser un anticipo de la eucaristía. Para los lectores de Marcos nuestro pasaje retomará los motivos de Mc 4,35-41: *la ansiedad de los discípulos es innecesaria*, pues llevan a Jesús con ellos «en la barca» (un símbolo de la Iglesia) y esto es todo lo que a ellos les hace falta. Jesús les proveerá del pan que verdaderamente ellos necesitan.

Hay, sin embargo, un obstáculo para que los discípulos se apropien de este pan eucarístico, que está vinculado con la enseñanza de Jesús: es la levadura de los fariseos y la de Herodes, contra la cual se les advierte que se mantengan en guardia (8,15), una levadura que el resto del pasaje relaciona con la incompreensión de los mismos discípulos (8,17-21). La petición de Jesús nos remite a *la tipología del Éxodo/Pascua*: la Pascua era la fiesta de los panes ázimos, y antes de que la fiesta empezara, las casas judías tenían que quedar cuidadosamente libres de levadura. En el contexto pascual, la «levadura» es a menudo un *sinónimo del «pan con levadura»*, es decir, fermentado, y esa identificación responde bien a nuestro contexto, donde se establece un *contraste* entre el pan que Jesús ofrece y la levadura de los fariseos y de Herodes.

Y ¿qué es más exactamente «la levadura de los fariseos y la levadura de Herodes» contra la que se dice a los discípulos que han de mantenerse en guardia? «Levadura» es una metáfora judía muy común para referirse a *la Mala Inclinación*, el impulso destructor y anárquico que anida en los corazones de los seres humanos, llevándoles al pecado. La posibilidad de aplicar esta imagen a nuestro pasaje queda confirmada por la continuación del texto, donde la «levadura» se asocia con un corazón endurecido o embotado (8,17). En textos de Qumrán asocian la Mala Inclinación y la Dureza/Embotamiento de Corazón como términos sinónimos. Según esto, Jesús está poniendo en guardia a sus discípulos para que no se dejen embotar por el mismo mal impulso que ha endurecido los corazones de sus enemigos, los fariseos y herodianos (cf. 3,6; 12,13).

Resulta típico en estos casos el hecho de que los discípulos olviden completamente esta fuerza simbólica de la referencia de Jesús a la levadura y la interpreten de un modo literal, como alusión a la escasez de pan material (8,16). Esta falta de comprensión es comparable a la que aparece en los episodios del evangelio de Juan donde la mujer samaritana interpreta mal el «agua viva», como si se tratara de una referencia al agua física (Jn 4,10-15); por su parte, los judíos malinterpretan el «pan de Dios», como si fuera una alusión al pan material (Jn 6,31-34).

- 8,17-21: Jesús discierne (quizá de un modo sobrenatural) la mala interpretación de la levadura, puramente literal, que sus discípulos están haciendo y diciendo en sí mismos, y como respuesta les plantea una serie de cinco preguntas críticas, que ofrecen un eco de pasajes y temas del Antiguo Testamento (8,17-18). Jesús añade después dos preguntas adicionales que retoman los motivos de las dos multiplicaciones milagrosas (8,19-20), antes de volver a la pregunta crítica final (8,21).

Las cinco preguntas críticas se ocupan, todas ellas, de la falta de entendimiento de los discípulos. Para los lectores de Marcos, la más significativa de todas es la penúltima («¿Teniendo ojos no veis, y teniendo oídos no oís? ¿Es que ya no recordáis?», 8,18), que recoge de manera intensa el juicio terrible que Jesús pronunció contra «los de fuera» (en 4,12). En aquel otro caso (4,12) Jesús empleó una cita de Is 6,9-10. Pero nuestro pasaje (8,18) se encuentra más vinculado al lenguaje convergente de Jr 5,21 y de Ez 12,2, que habla de la ceguera y la sordera de la casa rebelde de Israel, «que tiene ojos pero no ve, que tiene oídos pero no escucha».

Ciertamente, incluso dentro de una obra tan enigmática como el evangelio de Marcos, nuestro pasaje resulta singularmente oscuro. ¿Por qué la incompreensión de los discípulos suscitó la severa reprimenda de 8,17-18, si la afirmación inicial de Jesús sobre la levadura de los fariseos y la de Herodes (8,15) fue y sigue siendo tan enigmática que ha dejado perplejos a los intérpretes de Marcos, desde Mateo y Lucas hasta hoy? ¿Deberá reprenderse a los discípulos por no haber comprendido la sentencia de Jesús (en 8,15), si a primera vista la misma interpretación posterior parece reforzar esa oscuridad? Por eso, la reacción inicial de los lectores del pasaje puede ser la de mostrarse tan perplejos como los discípulos.

En la obra de Marcos, el «personaje» que expresa dramáticamente la frustración de la audiencia que intenta comprender a Jesús está formado por el grupo de discípulos, y esta frustración compartida por los lectores y los discípulos sirve para vincular a la audiencia con los discípulos y destacar la trascendencia de Jesús. De todas formas, en nuestro enigmático pasaje hay algo más que el intento deliberado de confundir a los lectores.

Las preguntas de Jesús en 8,17-18 recuerdan también las palabras que Moisés dirige a Israel en Dt 29,2-4, y que conectan igualmente con el pasaje anterior de Marcos: «Vosotros habéis visto todo lo que el Señor hizo ante vuestros ojos en la tierra de Egipto... las grandes tentaciones que vuestros ojos han visto, los signos y aquellas grandes maravillas. Pero, hasta el día de hoy, el Señor no os ha dado un corazón para entender y unos ojos para ver y unos oídos para escuchar». Aquí aparecen los temas del corazón insensible, los ojos ciegos y los oídos sordos, todos ellos en el mismo orden que tienen en Mc 8,17-18; y aquí aparece también el motivo de las tentaciones y los signos que hemos visto en el pasaje anterior de Marcos.

Si Marcos está haciendo una alusión deliberada a estos pasajes del Deuteronomio, eso significa que las perspectivas para los discípulos son mucho más esperanzadoras de lo que parece: «hasta este día» ellos no han recibido corazones, ojos y oídos capaces de percibir, pero *al final* los recibirán (cf. Dt 30,1-8). Las palabras finales de Jesús a sus discípulos en este pasaje («aún no entendéis», que repiten la pregunta de 8,17) sugieren un mensaje semejante de esperanza. Por eso, en el fondo las preguntas de 8,19-20 han de tomarse como *preguntas reveladoras* más que ofusadoras, pero debemos añadir que a menudo han tenido el efecto contrario. En particular, *el énfasis sobre los números* ha ocasionado en este campo una gran cantidad de especulaciones fantasiosas, aunque la verdad es que ni en el Antiguo Testamento ni en el judaísmo existe un simbolismo fijo ni para cinco mil ni para cuatro mil, y que los números cinco, siete y doce pueden significar muchas cosas diferentes.

El énfasis de nuestro pasaje no recae ni en el número de las respectivas muchedumbres (cinco mil o cuatro mil), ni en el de panes iniciales (cinco o siete), sino en el número de cestas con trozos sobrantes, que son *doce y siete*. Estas cestas de trozos son el tema de la pregunta de Jesús, y la última pregunta («¿y aún no entendéis?») sugiere que las respuestas de los discípulos -«doce» y «siete»- tiene un carácter autoexplicativo. En la tradición bíblica, doce y siete, con sus múltiplos, se utilizan con una amplia variedad de matices, pero el más relevante para las historias de las multiplicaciones milagrosas es *su connotación de plenitud escatológica*, que deriva de las imágenes básicas de las doce tribus de Israel y de los siete días de la creación. La impresión de que los números doce y siete sugieren en nuestro pasaje plenitud escatológica queda reforzada por el hecho de que están asociados con dos palabras diferentes relacionadas con la plenitud (8,19.20), que hemos traducido en ambos casos como «lleno/llenos». En el conjunto de Marcos, las palabras con esa misma raíz (*pler-*) tienen siempre la connotación de plenitud o realización escatológica (1,15; 2,21; 4,28; 6,43; 14,49).

Lo que los fariseos y Herodes no advierten, y los discípulos están en trance de olvidar, es que por medio de Jesús Dios está haciendo que llegue *la nueva era escatológica*. Estando ciegos ante ese cambio revolucionario divino, los fariseos ignoran los signos claros de su llegada (8,10-13).

Nuestro pasaje, sin embargo, advierte que los discípulos mismos están en peligro de caer en un tipo semejante de ceguera acerca del hecho y el significado de la acción escatológica de Dios en Jesús, por fijarse de un modo similar en aquello que es meramente humano, centrándose en las preocupaciones mundanas que son la quintaesencia de esta edad perversa que se acaba.

En la próxima sección del evangelio (8,22-10,52) Jesús se esforzará por quitar esta levadura de los corazones de los discípulos, haciendo que superen su preocupación por este mundo, impulsándoles a salir de la oscuridad y a avanzar hacia la luz. De modo apropiado, esta nueva sección se inaugurará con la historia de *la curación de un ciego* (8,22-26).

Paso 1 **Lectio:** ¿Qué dice el texto? Atiende todos los detalles posibles. Imagina la escena. Destaca todos los elementos que llaman la atención o te son muy significativos. Disfruta de la lectura atenta. Toma nota de todo lo **que** adviertas.

Paso 2 **Meditatio:** ¿Qué me dice Dios a través del texto? Atiende a tu interior. A las mociones (movimientos) y emociones que sientes. ¿Algún aspecto te parece dirigido por Dios a tu persona, a tu situación, a alguna de tus dimensiones?

Paso 3 **Oratio:** ¿Qué le dices a Dios gracias a este texto? ¿Qué te mueve a decirle? ¿Peticiónes, alabanza, acción de gracias, perdón, ayuda, entusiasmo, compromiso? Habla con Dios...

Paso 4 **Actio:** ¿A qué te compromete el texto? ¿Qué ha movido la oración en tu interior? ¿Qué enseñanza encuentras? ¿Cómo hacer efectiva esa enseñanza